FRAGMENTOS ENFERMERA

FRAGMENTO 3

Al trasponer aquel umbral —¿quién lo hubiera traspuesto bajo la lluvia, viniendo desde aquella encrucijada?— se confundía el recuerdo con la experiencia (esto quizá debido a la tenacidad de esa lluvia menuda que no cesaba de caer desde hacía muchos días). La vida quedaba sujeta a una confusión en medio de la que era imposible discernir cuál hubiera sido el presente, cuál el pasado. Al trasponer el umbral de aquella casa lujosa y decrépita a la vez, un transeúnte que se hubiera detenido a contemplar la fachada rugosa de aquella casa, proyectada de acuerdo con la más pura tradición del *modern style,* pletórica de cornisas voluptuosas pringadas de salitre, de humo, de niebla y de lluvia, sí, se hubiera detenido como para inquirir a las piedras carcomidas de aquel alféizar tallado en la forma de unas enormes fauces —el del lado izquierdo, en el que habían arraigado los líquenes grisáceos— cuál era el verdadero significado de aquella cita concertada a través de las edades, de aquel momento que sólo ahora se realizaba. Es un hombre —el hombre— que desciende apresuradamente de un pequeño automóvil deportivo de color rojo, con las manos enguantadas y los ojos ocultos detrás de unas gafas ahumadas, se dirige a la reja, empuja la verja de hierro para abrirla y penetra en aquel meandro de setos de boj, descuidados, crecidos más allá de su armonía original hasta convertirse en construcciones tortuosas que se confunden con los arabescos vegetales que ornan la arquitectura de la casa. “Cómo está descuidado…” piensa para sí al cruzar entre esos setos abandonados al capricho de su propio crecimiento. Es un anciano —el hombre— que llega a pie bajo la lluvia viniendo desde el Carrefour, enfundado en un grueso abrigo de paño negro, en la solapa del que están cosidos, al igual que en la solapa de su chaqueta, los listoncillos de tres condecoraciones. Sostiene en una mano un maletín de cuero negro y en la otra un viejo paraguas a través del cual se cuela el agua cayéndole en gruesos goterones sobre los hombros del abrigo impregnados de caspa seca. Tú recuerdas sus gestos llenos de fatiga, ¿no es así? Recuerdas su paso artrítico cruzando aquella calle embaldosada; ¿recuerdas el sonido lento —como el sonido que hace la ouija cuando empieza a moverse—, el sonido árido de sus anticuados botines ortopédicos sobre los peldaños de la escalera desierta de aquella casa —3 rue de l’Odéon—, recuerdas la inquietud que emanaba de su respiración jadeante cuando se detenía apoyado en el barandal de la escalera, en cada uno de los descansos alfombrados de *pelouche* color vino, a recobrar el aliento mientras acariciaba nerviosamente las perillas de bronce de los remates? De seguro que has retenido todo esto en tu memoria. Vuelve tu mirada en torno a estas paredes. Has vuelto después de algunas horas —tú, yo—; has vuelto después de muchos años —él, ella—. Has venido porque ella —la mujer— te ha llamado hace apenas media hora. Descolgaste el auricular del teléfono y sin darte tiempo de decir una sola palabra escuchaste su voz lejana que te imploraba venir en su ayuda, que te pedía vinieras a su lado mediante el proferimiento de una fórmula convenida. ¿Acaso lo has olvidado? No esperabas ya esa llamada y sin embargo la propio crecimiento. Es un anciano —el hombre— que llega a pie bajo la lluvia viniendo desde el Carrefour, enfundado en un grueso abrigo de paño negro, en la solapa del que están cosidos, al igual que en la solapa de su chaqueta, los listoncillos de tres condecoraciones. Sostiene en una mano un maletín de cuero negro y en la otra un viejo paraguas a través del cual se cuela el agua cayéndole en gruesos goterones sobre los hombros del abrigo impregnados de caspa seca. Tú recuerdas sus gestos llenos de fatiga, ¿no es así? Recuerdas su paso artrítico cruzando aquella calle embaldosada; ¿recuerdas el sonido lento —como el sonido que hace la ouija cuando empieza a moverse—, el sonido árido de sus anticuados botines ortopédicos sobre los peldaños de la escalera desierta de aquella casa —3 rue de l’Odéon—, recuerdas la inquietud que emanaba de su respiración jadeante cuando se detenía apoyado en el barandal de la escalera, en cada uno de los descansos alfombrados de *pelouche* color vino, a recobrar el aliento mientras acariciaba nerviosamente las perillas de bronce de los remates? De seguro que has retenido todo esto en tu memoria. Vuelve tu mirada en torno a estas paredes. Has vuelto después de algunas horas —tú, yo—; has vuelto después de muchos años —él, ella—. Has venido porque ella —la mujer— te ha llamado hace apenas media hora. Descolgaste el auricular del teléfono y sin darte tiempo de decir una sola palabra escuchaste su voz lejana que te imploraba venir en su ayuda, que te pedía vinieras a su lado mediante el proferimiento de una fórmula convenida. ¿Acaso lo has olvidado? No esperabas ya esa llamada y sin embargo la campanilla del teléfono sonó cuando tú sabías que sonaría. Ahora has venido en busca del recuerdo de la Enfermera —la mujer— siempre vestida de blanco. No importa ya para nada tu identidad real: tal vez eres el viejo Farabeuf que llega hasta esa casa después de haber hecho saltar dos o tres piernas y brazos en el enorme anfiteatro de la Escuela de Medicina, o tal vez eres un hombre sin significado, un hombre inventado, un hombre que sólo existe como la figuración de otro hombre que no conocemos, el reflejo de un rostro en el espejo, un rostro que en el espejo ha de encontrarse con otro rostro. Eso es todo. Lo que importa ahora es recordar aquel ámbito. Tú lo recuerdas,

¿no es así? Pero tu memoria no alcanza más allá de aquel rostro. Quisieras olvidarlo. Quisieras olvidar la sensación que producía aquel objeto oceánico, putrefacto, entre tus dedos. Es preciso que yo lo reviva todo en tu memoria renuente; cada uno de los detalles que componen esta escena inexplicable. No debes olvidarlo porque sólo así será posible llegar a tocar el misterio de aquellos acontecimientos singulares que algo o alguien, tal vez una mano que se desliza sobre un vidrio empañado, trata de borrar. No… es preciso no sólo recordar el rostro de aquella mujer vestida de blanco —o de negro quizá— sino también las circunstancias y los objetos que la rodeaban en el momento en que decidió entregarse, urgida por la excitación que le había provocado la contemplación de una imagen que había tenido ante los ojos durante largo rato mientras caía la lluvia —se supone— antes de llamar por teléfono y proferir la fórmula convenida; una imagen imprecisa en la que se representaba, borrosamente, un hecho incomprensible, o tal vez terriblemente claro. No habrás olvidado, estoy seguro de ello, aquel salón enorme, que sólo por su enormidad, duplicada en la superficie de aquel espejo con historiado marco dorado, parecía lujoso y espléndido, pero que en realidad estaba minado y manchado por el tiempo y por todas las cosas que a lo largo de los años se habían reflejado en él. La luz imprecisa, turbia de polvo, del atardecer se filtraba por las dos ventanas que daban a la calle por encima del jardincillo abandonado. En contraluz no era posible precisar el estado exacto del terciopelo de los cortinajes que bordeaban los marcos de aquellas ventanas. Sabíamos, sin embargo, que era un terciopelo desvaído por la luz de los años, unas colgaduras fúnebres con los visos rotos por su propio roce, deshilachados en su parte inferior de arrastrarse pesadamente por aquel piso de *parquet* que la lluvia, que a veces se colaba a través del marco de la ventana, había carcomido y hecho áspero. Fue justamente sobre esa parte del piso, podrida por el agua, junto a los flecos sucios de las cortinas de terciopelo desvaído, que una mosca —de seguro que recuerdas esto, ¿no es así?— cayó muerta, después de revolotear insistentemente cerca de la ventana, después de golpear repetidas veces los cristales empañados. Hubieras corrido al subir por aquella escalera, posando apenas tus manos enguantadas en el gastado barandal de la escalera. Hubieras acariciado apenas, al llegar a los descansos de aquella escalera crujiente, las perillas de bronce de los remates, pero al llegar ante la puerta cerrada de borrosamente, un hecho incomprensible, o tal vez terriblemente claro. No habrás olvidado, estoy seguro de ello, aquel salón enorme, que sólo por su enormidad, duplicada en la superficie de aquel espejo con historiado marco dorado, parecía lujoso y espléndido, pero que en realidad estaba minado y manchado por el tiempo y por todas las cosas que a lo largo de los años se habían reflejado en él. La luz imprecisa, turbia de polvo, del atardecer se filtraba por las dos ventanas que daban a la calle por encima del jardincillo abandonado. En contraluz no era posible precisar el estado exacto del terciopelo de los cortinajes que bordeaban los marcos de aquellas ventanas. Sabíamos, sin embargo, que era un terciopelo desvaído por la luz de los años, unas colgaduras fúnebres con los visos rotos por su propio roce, deshilachados en su parte inferior de arrastrarse pesadamente por aquel piso de *parquet* que la lluvia, que a veces se colaba a través del marco de la ventana, había carcomido y hecho áspero. Fue justamente sobre esa parte del piso, podrida por el agua, junto a los flecos sucios de las cortinas de terciopelo desvaído, que una mosca —de seguro que recuerdas esto, ¿no es así?— cayó muerta, después de revolotear insistentemente cerca de la ventana, después de golpear repetidas veces los cristales empañados. Hubieras corrido al subir por aquella escalera, posando apenas tus manos enguantadas en el gastado barandal de la escalera. Hubieras acariciado apenas, al llegar a los descansos de aquella escalera crujiente, las perillas de bronce de los remates, pero al llegar ante la puerta cerrada de aquel salón te hubieras detenido un instante para percatarte de

que existía una presencia que te aguardaba y que te acogería más allá de aquel quicio y tu memoria hubiera evocado el tumbo de las olas, creyéndote, por un momento, a la orilla del mar. Unos pasos, el ruido producido por dos tablitas de madera que se rozan, por unas monedas que caen sobre una mesa, te hubieran proporcionado la seguridad que buscabas. Pero la puerta y los muros que eran demasiado gruesos y todos los ruidos que se escuchaban eran ruidos lejanos y sin sentido para ti en aquel momento.

Fragmento 9

Si te hubieras vuelto hacia mí en ese instante no te hubiera reconocido tocada con aquella cofia, manchado tu uniforme blanco de enfermera con la sangre de algún desconocido al que hubieras amado en tu memoria. Sí, era un hecho que lo amabas, imaginado en ese éxtasis sanguinario que hubieras querido presenciar o que hubieras querido olvidar. Ambas cosas eran ahora imposibles porque al volverte, turbada por mi presencia en aquella casa, hubieras sido otra, inolvidable como el hombre que te había estado contemplando fijamente, en tu desnudez, desde la turbia atmósfera de aquella fotografía borrosa que alguien, tal vez un antiguo inquilino, había olvidado en algún resquicio mohoso de aquella casa, entre las páginas amarillentas de un libro, muchos años atrás y que, entonces, en un instante de locura, nos imaginó en su futuro, contemplando nuestra propia imagen, uno, en la superficie de un espejo y otro, en el fondo de su propio deseo insatisfecho.

Fragmento 13

¿Quién hubiera podido imaginarnos con tanta realidad como la que hemos podido cobrar ahora? Tanta que este espejo ha llegado a reflejarnos y en él se han encontrado nuestros rostros tantas veces. Tú recuerdas todo esto, ¿no es así? Hemos jugado, innumerables veces, a encontrarnos de pronto en el espejo. Hubiéramos pasado a formar parte de una realidad ajena a nuestra vida si en verdad allí nos hubiéramos encontrado. Hemos jugado a tocar nuestros cuerpos sobre esa superficie fría, a besarnos en la imagen reflejada sin que nuestros labios se tocaran jamás. Algo indeterminado nos lo hubiera prohibido. Esa mujer figurada en el cuadro que representa la virginidad del cuerpo se anteponía siempre que yo hubiera deseado romperte como una muñeca de barro mientras que la otra mujer —una figuración alegórica de la Enfermera, sin duda— parecía ofrecer al mundo el ánfora de su cuerpo en un gesto lleno de presagios. No en balde su cuerpo se apoyaba sobre un altorrelieve que representaba el connubio cruento de un sátiro y un hermafrodita o una escena de flagelación erótica. Nos besábamos virtualmente sobre la superficie de azogue de aquel espejo enorme, propiciando con ello la materialización de aquel que un día nos concibió exactamente en estas actitudes: tú ante el espejo, de espaldas a él; yo ante el cuadro incomprensible e irritante que sólo incidentalmente —un detalle mínimo dentro de la espléndida composición— representa una escena de flagelación erótica esculpida en el costado de un sepulcro clásico o de una fuente rectangular, tallado en un estilo reminiscente del de Pisanello o del de Della Robbia, de cuyo fondo un niño trata, indiferente a las dos magníficas figuras alegóricas, de extraer algo. Trata tal vez de sacar de esa fosa un objeto cuyo significado, en el orden de nuestra vida, es la clave del enigma que todas las tardes una mujer vestida de blanco propone a la ouija o trata de dilucidar mediante los hexagramas del *I Ching,* sentada en el fondo del pasillo. Nunca he logrado desentrañar este misterio sin embargo…

Fragmento 19

Corres como tratando de reconstruir, en ese momento único, una larga carrera a la orilla del mar, hasta detenerte bruscamente sin haber llegado al reborde de la ventana porque un recuerdo impreciso te ha asaltado de pronto. El recuerdo de algo que no habías experimentado en tu vida, sino en la vida de la Enfermera. Te detienes ante la ventana, a unos pasos del reborde. Suena en tus oídos una frase que se repite tediosamente como el tumbo de las olas y tratas al mismo tiempo de descifrar ese signo que tu dedo, impulsado por el deseo incontenible, trazó en el vidrio empañado. Crees de pronto haber descubierto su significado y balbuceas un nombre sin terminar de decirlo porque en ese momento, de pie ante la ventana del lado derecho del salón, alguien te ha recordado a su vez, alguien que desde la calle y bajo la lluvia, quieto como una mancha negra dibujada en el vidrio, contempla fijamente la ventana del lado izquierdo e intuye tu presencia detrás de la fachada rugosa y carcomida, una fachada del más puro estilo *art nouveau,* de aquella vieja casa.

¿Por qué te has detenido?, ¿por qué se ha congelado este momento?, ¿por qué lo has invocado mediante aquel garabato que tu mano trazó al azar sobre el vidrio empañado? Si hubieras llegado hasta donde ibas, si hubieras logrado borrarlo con la palma de tu mano, la vida, tal vez, hubiera proseguido y nada se hubiera detenido. Alguien, en aquella inmovilidad tan súbita, barruntó tu cuerpo impreciso detrás de la ventana…

Fragmento 26

No hubiera presentido la presencia de aquel hombre; un hombre cuyo significado se hallaba suspendido en el momento de aguardar inmóvil el impulso definitivo de su voluntad para franquear aquel quicio y que a su vez me imaginaba de espaldas a la puerta. Lo esperaba, sin embargo, sin presentirlo cabalmente. Es por eso que me había colocado de espaldas a la puerta, tratando de descubrir en el fondo de aquel pasillo oscuro la imagen que mi deseo invocaba. No en vano había yo contemplado durante tantas horas aquella fotografía borrosa cuya visión había despertado en mí a otro ser desconocido —tal vez presentido— que medraba en las sombras y pasaba las horas invocando una imagen que era, en realidad, solamente mía y que la Enfermera había abandonado en esa zona que abarcaba todas las cosas y los rostros que yo había olvidado definitivamente al concretarse esa imagen en lo que yo hubiera querido ser; lo que había sido ella según yo la concebía: el testigo de un rito sanguinario y solemne que ya había olvidado en el fondo de lo que hubiera sido mi memoria si hubiera sido la Enfermera y que se había extraviado en el momento exacto en que yo había cobrado esa imagen para mí. Pensé entonces que yo estaba hecha con las memorias que ella había olvidado y que ella era la reencarnación de mis olvidos, recordados de pronto al ver aquella fotografía; que yo era la materialización de sus recuerdos o acaso un ser hecho de olvido que alguien estaba recordando dándole con ello una materia que tal vez pesaba y ocupaba un lugar en el espacio.

Fragmento 50

Quedaba el cuerpo; su cuerpo. A**l**í, apoyado en el marco de esa puerta que se refleja sobre el enorme espejo. Sostiene en las manos un objeto cuya realidad es tan incierta que nadie osaría definirlo. ¿Se trata acaso de un trozo de coral o de un instrumento de cirugía corroído por el óxido rojizo como sangre vieja? Dice una palabra sin sentido, apenas audible en la sombra, como si esa penumbra se abatiera con la misma intensidad sobre los objetos visibles y sobre los sonidos. La noche cae con furia sobre nosotros, como tratando de ocultar, como si tratara de conservarlo para sí, ese misterio nuestro, cultivado pacientemente, a lo largo de los días, a lo largo de las noches en vela junto a aque **l**a puerta pintada de blanco como una puerta de hospital, a lo largo de los instantes en que esperábamos con ansiedad el efecto que surtiría aque **l**a droga que Farabeuf había traído en una pequeña cápsula de vidrio, mientras propiciábamos con nuestras miradas ardientes la cicatrización de aque **l**os muñones sonrosados, la canalización de aque **l**as **l**agas purulentas que goteaban como diminutas clepsidras sobre la gasa manchada y ávida que al cabo de poco tiempo se saciaba de pus y comenzaba a trasudar hacia las sábanas de seda sobre las que yacía el cuerpo inerte, mudo, al que la Enfermera reconfortaba, no más que con su mirada, cada vez que cambiaba los vendajes… ¿recuerdas?

Fragmento 103

Atengámonos pues al análisis mecánico de las direcciones en que todos los movimientos, todos los gestos que fueron efectuados o figurados durante aquel instante, fueron realizados. Volvamos nuevamente sobre nuestros pasos, confrontemos la declaración de los protagonistas con nuestra propia experiencia visual de sus actos si es que podemos visualizarlos en nuestra imaginación. Según la declaración de la Enfermera, la mujer, al dirigirse hacia la ventana, siguió una trayectoria que iba de izquierda a derecha. Dicha trayectoria la Enfermera no la percibió sino reflejada en el espejo desde el pasi**l**o en el que se encontraba sentada ante una mesa, consultando la ouija o tratando de formar un hexagrama mediante el estudio de la disposición de las monedas al caer. En tal caso, ¿a qué se debe que en su descripción de la copia del cuadro —se trata en realidad de una famosa tela del Renacimiento veneciano— la otra mujer (o tal vez la Enfermera misma) la haya descrito de tal manera que el emplazamiento de los dos personajes principales de la pintura —que representan simbólicamente “el amor sagrado” y “el amor profano”— se encuentra trastrocado. El personaje que en realidad está a la derecha ha sido visto por e**l**a colocado del lado izquierdo de la tela y *vice versa* en lo que toca al personaje que en realidad aparece del lado izquierdo de la pintura. Esto quiere decir que de acuerdo con las leyes de la óptica clásica, la Enfermera no pudo haber presenciado ese hecho substancial en el que los otros, el hombre y la mujer que figuran en su mente la **l**amada “imagen de los amantes”, o sea la imagen que en su recuerdo representa el instante en el que la mano derecha de e**l**a entra en contacto con una de las manos del hombre que junto a la pared, a un lado del cuadro cuya imagen reflejada en el espejo contemplaba, ese instante en que las manos entraban en contacto no pudo ser reflejado por el espejo ya que éste sólo podía reflejar el otro lado de la mujer, o sea su lado izquierdo que era el que daba hacia la superficie del espejo. En el caso de esta “imagen de los amantes” o bien se trata de una mentira o bien de una hipótesis de la Enfermera, o bien se trata de un hecho fundado en la experiencia de los sentidos, lo que equivaldría a proponer una identidad definitivamente inquietante: o sea que la Enfermera, sentada en el fondo del pasi**l**o, ante una mesa, consultando la ouija o el *I Ching,* y la mujer que cruza velozmente la estancia frente al hombre que contempla el reflejo de una pintura de Tiziano en el espejo, y que al pasar junto a la mesi**l**a en la que algunos minutos después, o quizá muchos años antes, eran depositados algunos instrumentos quirúrgicos, golpearía la base de hierro de esta mesi**l**a con la punta del pie produciendo un ruido metálico, son la misma persona que realiza dos acciones totalmente distintas: una de orden pasivo: contemplar el reflejo de sí misma en un espejo, y otra de orden activo: cruzar velozmente la estancia en dirección de la ventana, simultáneamente…

Fragmento 108

Permítanos ayudarle, querido maestro. Es necesario que recobre usted la imagen de su juventud. Es así como podremos apresar los datos más certeros. No olvide usted que en “sus tiempos” la **l**uvia empañaba los cristales igual que en nuestros días. La vida, ese proceso que se suspende y que a la vez se sintetiza en la apariencia de esa carroña que usted, querido maestro, está acostumbrado a manipular y a tasajear yerta, verdosa, inmóvil y exangüe, sobre todo cuando se trata de los cadáveres de hombres y mujeres que han sido muertos violentamente, *caro data vermibus* en fin, ¿es acaso diferente ahora de lo que era entonces? Usted está en contacto con esa esencia inmutable hasta cierto punto que es el cuerpo —maloliente o perfumado, terso o escrofuloso—, pero siempre el mismo en realidad; los órganos, para los efectos del interés que en usted provocan, son iguales ahora que entonces y la **l**uvia que empaña los cristales o que empapa los hombros de su abrigo es ¿o no? la misma l**l**uvia que caía en Pekín aquel día en que usted, acompañado de su amante (sí, doctor Farabeuf, *de su amante*), con grandes trabajos, tratando de que su aparato fotográfico no se mojara, profiriendo las mismas imprecaciones e interjecciones que profieren en nuestros días, aun en los lugares públicos, los obreros y la gente de la clase inferior adicta a los partidos radicales, se abrió paso a codazos y empe**l**ones entre una muchedumbre estupefacta hasta conseguir profanar y perpetuar esa imagen única en la historia de la iconografía erótico- terrorística; usted que se deleita disminuyendo, mediante sus afiladas cuchi**l**as, la extensión del cuerpo humano, usted querido maestro, que en una noche de delirio concertó un convenio singular con una puta vieja a quien los estudiantes de medicina llamaban *Mademoiselle Bistouri* o bien “La Enfermera” por su marcada proclividad, como el personaje de Baudelaire, a acostarse indiscriminadamente con preparadores de anfiteatro y manipuladores de cadáveres.

Fragmento 124

La peri**l**a de bronce de la cerradura giró lentamente. “¿Quién?”, parecías estar diciendo cuando volviste apenas la cabeza hacia la puerta sin atreverte cabalmente a mirarla de frente. Farabeuf entró, pero no dijo nada. Su presencia a**l**í se convirtió de pronto en un hecho sobreentendido. Con paso fatigado cruzó la

estancia hasta **l**egar a la mesi**l**a con cubierta de mármol; uno de sus pies, calzado con un botín anticuado, chocó inadvertidamente contra la base de hierro de la mesi**l**a produciendo un ruido que se perdió luego en el fondo de la casa. Del borde de la cubierta de mármol colgó el paraguas que goteando lentamente iba dejando manchas de agua en las páginas de los periódicos viejos extendidos sobre el *parquet* desde la puerta de entrada hasta el pasi**l**o. Colocó después cuidadosamente el maletín sobre la cubierta de mármol… Sus manos parecían haberse hecho agilísimas en ese momento. Lo mirábamos de soslayo, pero pudimos ver cómo las articulaciones hinchadas de sus dedos artríticos adelgazaban, dándole una apariencia afilada y certera a las puntas entre las cuales iban surgiendo, uno a uno, los instrumentos que sacaba del fondo del maletín, retenidos suavemente, con la delicadeza con la que se manipula una flor rara o un insecto curioso traspasado por un alfiler. Las hirientes cuchi**l**as, las tenaci**l**as, los canalizadores, los espejos vaginales, relucían en aque**l**a penumbra dorada, surcada apenas por los últimos rayos del sol. Todas aque**l**as filosísimas navajas y aque**l**os artilugios, investidos de una crueldad necesaria a la función a la que estaban destinados, adquirían una be**l**eza dorada, como orfebrerías barrocas bri**l**ando en un ámbito de terciopelo negro, fastuosos como los joyeles de un príncipe oriental que se sirviera de e**l**os para provocar sensaciones voluptuosas en los cuerpos de sus concubinas, o para provocar torturas inefables en la carne anónima y tensa de un supliciado cuya existencia estaría determinada por el olvido tenaz, a lo largo de un milenio, de quienes un día habrían de contemplar, súbitamente, en un momento único, su imagen desvaída, estática y extática, congelada para siempre en una apariencia borrosa, en una fotografía manchada por el tiempo. Entre todos estos instrumentos Farabeuf eligió una enorme cuchi**l**a cuyo filo acercó a sus ojos miopes para admirarlo ensimismado durante algunos instantes, depositándola luego sobre el mismo lienzo del que la había desenvuelto y que estaba colocado junto a los demás instrumentos que cada vez bri**l**aban menos, conforme iba cayendo la noche. Farabeuf extrajo entonces un par de guantes de hule que dejó descuidadamente sobre la mesi**l**a. Sacó luego un pequeño frasco azul que retuvo en la mano después de haberlo destapado. Con una voluta de algodón empapada en el líquido que contenía el frasco se limpió cuidadosamente las manos hasta las muñecas, operación que repitió sobre los guantes de hule una vez que se los había puesto. Éstos se adaptaban a sus manos afiladas con una tensión que les daba una apariencia siniestra, como si fueran las manos de un cadáver. Alzadas en un gesto hierático y ritual, sosteniendo en la derecha el afiladísimo bisturí que había seleccionado, Farabeuf se dirigió hacia el pasi**l**o, con la cuchi**l**a en alto: un gesto religioso, inexplicable y como premonitorio de un crimen, dejando por donde iba un rastro de emanaciones de quirófano. Iba al encuentro de la Enfermera que lo aguardaba inmóvil en el fondo de aquel pozo de sombra, dispuesta a un sacrificio inconfesable.

Al **l**egar ante e**l**a Farabeuf inclinó la cabeza. E**l**a, que estaba vestida con su viejo uniforme blanco y tocada con la cofia de vuelos grises que apenas dejaba ver su cabe**l**era lacia y rubia, sin levantar los ojos, se puso de pie y se dirigió hacia él que, indicándole la manija de la cerradura con un gesto brusco de la cabeza, hizo que e**l**a abriera la puerta pintada de blanco de ese cuarto y siguiéndola entró tras de e**l**a. La puerta se cerró. Pasaron algunos instantes; un minuto nueve segundos. De pronto se oyó ese grito, su grito, un grito que hizo caer la noche definitivamente y que despejó el cielo. Como un rostro visto a través de la ventani**l**a de un tren en marcha, al producirse el grito de aque**l**a mujer, tú pudiste ver, fugazmente, la amplitud magnífica de un cielo estre**l**ado, y escuchaste, viniendo de la ventana que da sobre el jardín abandonado, con toda claridad,

¿no es así?, el tumbo acompasado de las olas, ¿recuerdas?

Fragmento 136

Sí, la experiencia de entonces era una sucesión de instantes congelados. ¿Quién congeló esos instantes? ¿En qué mente hemos quedado fijos para siempre? Empiezo a recordar algo de todo aque**l**o y es como si todo lo que hubiera estado contenido se vaciara hacia el mundo. Alguien, una mujer vestida con un anticuado uniforme de enfermera, está sentada ante mí, en el umbral de una puerta y mira atentamente algo que pasa frente a e**l**a. ¿Quién es e**l**a? ¿Qué es lo que está pasando? ¿A quién mira? Soy yo que estoy sentada en el umbral de una puerta. En medio de todo esto hay un espejo enorme con un marco dorado y una mirada inexplicable —tal vez mi propia mirada—, una mirada turbadora que acecha desde el quicio sin comprender el verdadero significado de esta escena. Sin saber ni siquiera si esa mirada es el reflejo de mi propia mirada en el espejo.

Fragmento 156

E**l**a, sentada en ese umbral, mira fijamente a Farabeuf mientras éste explica verbalmente el primer tiempo de la operación para efectuar la amputación del brazo en el hombro según el método de Larrey. La otra, la Enfermera como la **l**aman e**l**os, ha corrido hacia la ventana —¿quién lo hubiera dicho?— con su cabe**l**era rubia flotando, incendiada por los últimos rayos del crepúsculo que se filtran a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo, incendiada en sus oros ante el espejo enorme que no la refleja

—¿por qué?—. Sí, ante ese cuadro que representa una alegoría equívoca en la que e**l**a, en cierto modo, está representada. Ha corrido hacia la ventana por ver si aún podía desentrañar el misterio de aquel signo escrito torpemente con la punta del dedo sobre el vaho de los cristales de la ventana y al pasar frente a la mesi**l**a en la que un antiguo inquilino dejó olvidado un pequeño libro, ilustrado con grabados cruentos, su pie roza inadvertidamente la base de hierro de esta mesi**l**a formada por herrajes que representan garras de grifos o de tigres mitológicos que sostienen entre las afiladas zarpas unas esferas. El ruido metálico que produce este accidente mínimo se proyecta y se prolonga hasta el fondo del pasi**l**o. La otra, vestida con un demodado uniforme de enfermera, se distrae de su juego. Abandona durante algunos instantes al olvido esa pregunta que ha estado haciendo ante los símbolos de la tabla mágica, ante las páginas de un libro difícil de entender. No **l**ega sin embargo hasta el gastado alféizar de la ventana. Mira, sin discernir su forma con precisión, los líquenes que corroen la piedra. Invoca el recuerdo de unas palomas que otrora se posaron en ese reborde manchado de salitre. Cierra los ojos y siente un estremecimiento; contrae los dedos apuñando la mano. Siente que va a desvanecerse ante el terror de la imagen que cruza por sus ojos cerrados: un rostro de hombre joven cuyos ojos están siendo devorados por unas babosas que van dejando la hue**l**a de su baba sobre ese rostro tumefacto, extático. Reconoce en ese momento, en la reiteración del gramófono, el arru**l**o de unas palomas y quisiera gritar, pero se sobrepone. Abre los ojos y vislumbra la forma de un hombre vestido de negro detrás de los cristales, aspira en la memoria la fragancia del boj bajo la **l**uvia. Lo presiente en el recuerdo que sólo es confuso en e**l**a. ¡Si tan sólo pudiera arrancar una ramita y frotarla entre las yemas de sus dedos para exacerbar el olor de esa yerba! Pero no; hay algo que la retiene. Busca en el último fondo de sí misma. Teme manchar el blanquísimo delantal con el contacto de aque**l**as piedras. Se olvida entonces de sí. “¿Quiénes somos?”, pregunta sin decir las palabras mientras que otra voz, rota, estriada por la ausencia, repite al infinito siempre la misma frase; una frase sin sentido y sin sabiduría: *“À l’hôtel du numéro trois... à l’hôtel du numéro trois... à l’hôtel du numéro trois...”* sin que nadie acierte a detener esa profusión de palabras que ya nada dicen. Recuerda de pronto y se detiene bruscamente. Cree recordar algo de todo lo que había olvidado; una mínima parte de todo lo que había olvidado e instantes después de que se ha congelado esa carrera emprendida al azar, se vuelve hacia mí como si estuviera diciendo: —Mira, un carácter chino —y señala hacia la ventana en la que la mirada de Farabeuf se ha quedado grabada como un garabato siniestro. Al volverse e**l**a es la otra. Sonríe y dice:

—He recordado el clatro...

Fragmento 167

El hecho es que aquella tarde nos encontrábamos allí, en esa casa enorme, abandonada. Afuera llovía. Acabábamos de regresar de hacer algo terrible, de cometer un acto innombrable. Ésa era la sensación que animaba nuestra angustia en aquellos momentos. Estoy segura de que acabábamos de contemplar una visión que nos hacía mantenernos en silencio. Ella había tomado un periódico viejo y había extendido las planas manchadas e ilegibles por el piso desde la puerta de entrada hasta el pasillo y luego, sentada en la penumbra de aquel pasadizo bordeado de puertas que nunca habíamos abierto, esperaba la llegada de Farabeuf, vestida de blanco, con ese anticuado uniforme de enfermera que solía ponerse cada vez que aquel hombre afable y tenebroso la visitaba. Sentada en aquella penumbra que sólo rompía un haz de luz polvorienta que se filtraba a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo, acechaba los lentos movimientos de sus manos afiladas que se deslizaban casi imperceptiblemente sobre la superficie mágica cubierta de letras y de números. Mentalmente había preguntado: “¿De quién es ese cuerpo que hubiéramos amado infinitamente?”, y en silencio aguardaba la respuesta a aquella pregunta. En la quietud de la estancia nosotros escuchábamos el chirrido de aquellas tablas que se movían, que se deslizaban unas contra otras impulsadas por una inquietud que a toda costa quería conocer la identidad de algo o alguien a quien nosotros habíamos introducido en aquella casa, alguien o algo sangriento a cuyo paso ella había dispuesto aquellos periódicos en el piso, desde la puerta de entrada hasta el pasillo y que después de nuestra llegada, en un momento que ignoramos, se habían manchado, haciendo los textos ilegibles. Esperábamos la llegada de Farabeuf y en el silencio de aquella estancia en la que apenas se discernían los objetos en la luz que en haces se filtraba por los gruesos y desvaídos cortinajes de terciopelo, veíamos flotar el polvo. De pronto comenzó a llover nuevamente. Escuchábamos claramente a través de la ventana el ruido de la lluvia que se abatía sobre aquella calle siempre desierta, sobre aquel jardín abandonado, sobre aquella casa cuya arquitectura corroída por los años era como un hospital o como una *morgue* y pensábamos que aquella lluvia intempestiva retardaría la llegada de Farabeuf.

Hubo ciertos hechos significativos, sin embargo, que se realizaron en aquel lapso que medió entre nuestra llegada y la llegada de Farabeuf. Alguien —no recuerdo si fue ella o si fui yo

— puso un disco en el gramófono. Alguien, no recuerdo quién, corrió hacia la ventana y se detuvo bruscamente antes de llegar al reborde creyendo haber recordado la primera sílaba de un nombre olvidado, sílaba que fue balbucida en repetidas ocasiones sin que en ninguna de ellas tuviera un significado preciso. Dos de nosotros, un hombre y una mujer, fueron reflejados simultáneamente en un enorme espejo de marco dorado que pendía del muro frente al pasillo y que permitía a otra persona ver, desde el fondo del pasillo en el que había proferido una pregunta, lo que pasaba en la estancia. En el momento en que esa imagen, reflejo de dos seres reales, un hombre y una mujer, enamorados tal vez, se produjo en la superficie manchada del espejo, alguien —el hombre quizá— preguntó de viva voz: “¿Qué significa todo esto?” Es preciso señalar el hecho de que la persona que atravesó aquella estancia para dirigirse a la ventana y que se detuvo antes de llegar al alféizar produjo en su trayecto dos fenómenos sensibles, uno de orden auditivo y otro de orden táctil. El primero fue un ruido producido por el efecto de que al correr hacia la ventana mi pie golpeó la base de hierro de la mesilla con cubierta de mármol, adosada al muro que hace ángulo con el muro en que se abren las ventanas que dan a la calle, es decir frente al enorme espejo. Este ruido metálico, producido con frecuencia por las personas que cruzan la estancia para dirigirse a la ventana, se perdió, con sus ecos, en la casa, distrayendo momentáneamente a la Enfermera en su interrogación de la ouija. Simultáneamente a este fenómeno de orden auditivo se produjo otro que corresponde, en el tiempo, al momento en que la Enfermera pudo ver reflejada la imagen de un hombre y de una mujer en aquel espejo. Esta imagen se grabó en la mente de la Enfermera pues había podido apreciarla con toda nitidez ya que había levantado la cabeza y vuelto su mirada hacia el espejo, distraída como estaba por el ruido metálico que ella había producido al pasar frente a la mesilla. El hecho que hacía esta imagen particularmente memorable para la Enfermera era que la mujer, que se dirigía hacia la ventana, había rozado con su mano derecha la mano del hombre que, apoyado contra el muro, cerca de la mesilla y frente al espejo, escuchaba atentamente una canción obscena que provenía del tocadiscos colocado entre las dos ventanas que dan a la calle. Al mismo tiempo el hombre miraba atentamente, o tal parecía, una inscripción hecha con la punta del dedo sobre uno de los cristales empañados de la ventana del lado derecho. La imagen que se había quedado grabada en la memoria de la Enfermera era justamente aquella que correspondía al momento en que la mano derecha de la mujer había rozado levemente una de las manos del hombre; éste la había retenido durante una fracción de segundo en la suya. Todo esto la Enfermera lo había podido ver con toda precisión reflejado en el enorme espejo, razón por la cual, al referirse mentalmente a esta imagen que había quedado grabada para siempre en su memoria y que ella identificaba siempre con un grabado de Proud’hon, denominaba “imagen de los amantes”…

Fragmento 170

… recuerdo también la llegada de Farabeuf. Habíamos presentido su paso vacilante a lo largo de la rue de l’École de Médecine, sosteniendo con dificultad en una mano su paraguas inútil y en la otra el maletín de cuero negro. Antes de doblar la esquina de nuestra calle presentíamos su llegada; las moscas aturdidas parecían exacerbarse ante la premonición de aquella presencia impregnada de formol y luego, de pronto, a través de los cristales empañados, bajo la lluvia tenaz, adivinábamos su figura negra cruzar la calle en dirección a nuestra puerta y nos quedábamos quietos, sólo ella, la Enfermera, sentía en su corazón el sobresalto de ese goce que se concretaba en la visión inminente de aquellas manipulaciones que hacían brotar un tenue hilo de sangre de las incisiones de aquellos procedimientos explicados pormenorizadamente, acentuados por las descripciones asistidas de un canalizador que se desliza lentamente a lo largo de aquellas comisuras, proferidas en una voz apacible que hablaba de cortes, de tajos cruentos, de muñones, de colgajos, de vísceras expuestas; ella, la Enfermera, olvidaba de pronto su pregunta y la dejaba abandonada como algo inservible sobre la superficie de la tabla mágica, y miraba hacia la puerta esperando que de pronto se abriera y que apareciera en aquel quicio la figura angustiosa del Maestro que sin dirigirnos la palabra siquiera se adentraba en el pasillo a su encuentro para explicarle, sobre la concreción de aquel ser equívoco que nuestro amor había creado, con todo detalle, la estructura y el funcionamiento de la carne humana. … Hubiera corrido, hubiera tratado de escapar entonces hacia algo ilimitado, extenso, hacia un lugar en que nuestra presencia no fuera sino un punto infinitamente pequeño…

Fragmento 174

Esto, desde luego, es una conjetura:

“¿Por qué?”, dijo mirando fijamente a Farabeuf, pero éste, sin dirigirnos la palabra siquiera, se perdió en la oscuridad de aquel pasillo en el que la Enfermera lo esperaba, dispuesta ya a ayudarlo a quitarse el pesado abrigo de paño negro. Luego entraron en aquel cuarto cuya puerta nosotros jamás habíamos traspuesto y desde la estancia oíamos el tintineo de los instrumentos quirúrgicos que Farabeuf iba desliando de sus atadillos.

“¿Por qué?”, dijiste sin pensar que esa pregunta revelaba el misterio de nuestra existencia, dominada ya para siempre por la imagen de un criminal supliciado, cuya carne sangrienta y desgarrada era para nosotros el símbolo de una profanación exquisita.

Fragmento 184

En cuanto oyó que se abría la puerta, la Enfermera olvidó sus pasatiempos. Haciendo de lado la ouija se puso de pie y alisándose la falda y ajustando la cofia blanca y almidonada sobre su cabe**l**era rubia, se dirigió al encuentro de Farabeuf. Al pasar frente a la puerta pintada de blanco se detuvo apoyándose en el marco decidida a esperar a que Farabeuf **l**egara hasta e**l**a. Desde a**l**í escuchaba el tintinear de los instrumentos que Farabeuf iba desenvolviendo cuidadosamente ante nosotros. Desde ese quicio podía observar, reflejados en el espejo, todos nuestros movimientos. A través de la atmósfera turbia del atardecer **l**uvioso, los colores vibrantes de un cuadro que representaba una alegoría incomprensible destacaban particularmente. Farabeuf, situado frente al cuadro, no reparaba, sin embargo, en él. Era más bien como si tratara de ignorarlo, temeroso de que aque**l**os colores vibrantes, de que aque**l**a figuración magnífica de un acto sin sentido lo turbara y lo distrajera de ese rito particular que cuidadosamente, sin hacer ruido apenas, efectuaba en la penumbra que ahora parecía colarse, como tinta derramada, a través de los desvaídos cortinajes de terciopelo.

Fragmento 185

—Todo, absolutamente todo lo que habías imaginado en el terror que te produjo la imagen de ese hombre que avanzaba hacia ti con las manos enfundadas en unos tensos guantes de hule color ámbar, blandiendo una afiladísima cuchi**l**a, todo, te digo, era una mentira, porque al abrir la puerta, tus ojos se posaron inmediatamente en la cubierta de la cómoda. Pudiste ver, en la fracción de un segundo, tu rostro reflejado en el espejo, y no te reconociste. Eras, para entonces, la otra; la que el deseo de aquel hombre había creado y todo lo que hubieras encontrado había desaparecido. Pensabas, ante todo, encontrar un sobre amari**l**o: un sobre cuyo contenido había sido imaginado por tu deseo. No había nada a**l**í, sino tu rostro que lentamente se fundió en el de él que se aproximaba hasta confundirse las dos cabezas en una mancha inmóvil e informe. No había nada. El sobre había desaparecido igual que el tumbo de las ola se había apagado. No eras sino un cuerpo tierra adentro tratando de encontrar en aquel abrazo la sensación que te había producido en la palma de la mano la superficie rugosa de una estre**l**a de mar putrefacta que habías imaginado recoger durante un paseo por la playa y cuya descomposición sentías realizarse al tocarla con la punta de tus dedos y que por eso, por esa sensación imprecisa y repugnante, habías lanzado a las olas mientras yo te contemplaba como se contempla un suplicio, convertida en otra, en alguien a quien yo no conocía pero a quien hubiera amado infinitamente. Tú te reíste entonces y echaste a correr mientras las olas te tocaban los pies. ¿Cómo era posible todo esto si nunca habíamos salido de aquel cuarto y aquel cuarto pertenecía a una casa y esa casa estaba situada en una ca**l**e, conocida y precisable, de una ciudad de tierra adentro? ¿Quién eres, pues, que así te presentas hecha toda de sombras a pesar de tu traje blanco de enfermera?

Fragmento 187

Tú, entonces, te volviste hacia el espejo para comprobar, en la imagen de tu rostro, reflejada en aque**l**a superficie turbia, tu existencia. Mas no te reconociste. Eras la otra y **l**evabas un anticuado uniforme de enfermera.

Fragmento 191

Estabas distraído. Tu mirada trataba de descifrar el significado de aquel cuadro antiguo reflejado en el espejo, por eso no te diste cuenta de lo que sucedió en realidad. Yo corrí hacia la ventana. Mi pie rozó la base de hierro de la consola junto a la que estabas, produciendo un ruido metálico que **l**egó hasta donde estaba la Enfermera; e**l**a, en esos momentos, alzó la mirada de la ouija que estaba consultando y me vio, reflejada en el espejo, pasar frente a ti. Hubo algo que me hizo detenerme. Un recuerdo incompleto, provocado por un signo incomprensible trazado en el vaho del cristal de la ventana (o acaso se trataba de una mirada que, bajo la **l**uvia, se había fijado, como la imagen de una placa fotográfica, sobre aque**l**a ventana); la mirada penetrante de un hombre que traza signos incomprensibles, que provoca recuerdos de experiencias que nunca hemos vivido y que, encontrada bajo la **l**uvia, a través de un vidrio empañado, nos inmoviliza, lo inmoviliza todo, los objetos y las máquinas. Tú estabas distraído; por eso no te diste cuenta de que la aguja del tocadiscos se había detenido en el mismo surco produciendo la repetición tediosa de una frase sin sentido.

Fragmento 192

Cuando te detuviste estabas colocada a mi derecha. La Enfermera estaba a mi izquierda. Esta colocación concordaba con la lógica del cuadro tal y como se lo veía reflejado en el espejo pero no como el pintor lo había concebido para ser visto por nosotros. Habías corrido hacia mi derecha, es decir hacia el extremo izquierdo del cuadro —en dirección, puede decirse, a la mujer vestida—, pero en dirección a la mujer desnuda tomando como referencia la imagen reflejada del cuadro en el espejo tal y como yo la veía. Esto, sin duda, tenía un significado, sobre todo si tenemos en cuenta que la Enfermera estaba colocada a mi izquierda, es decir del lado derecho del cuadro visto de frente, del lado izquierdo del cuadro visto en el espejo y por lo tanto de frente a la mujer desnuda, ya que e**l**a sólo podía ver el reflejo del cuadro y, no como tú, pero sí como yo, el cuadro en sí.

Fragmento 196

Una duda te turba. Has caído en la trampa que te tendió el taumaturgo. Se ha formado en tu mente la imagen de ese suplicio. Ese rostro extático se ha dibujado en tu memoria. Como un relámpago se concretó ante tus ojos esa agonía milenaria que sin haberla conocido hubieras querido olvidar. Estaba ante ti, con toda su ineluctable presencia, mutilado y exangüe, fijo en aquel crepúsculo **l**uvioso como una avispa traspasada por un alfiler y cuando apareció se produjo en tu memoria, con el olvido, una confusión lamentable. Te olvidaste de ti misma. Tanto que sólo hubieras deseado recordarte para recobrar tu presencia. Pero ese olvido era más tenaz que la memoria que trataba de recuperarte y una vez que habías caído en esa trampa que Farabeuf te había tendido, tu confusión era absoluta. ¿Quién eras tú ante aque**l**a imagen agónica? ¿Cómo era posible que tu cuerpo pudiera confundirse con aque**l**os jirones de carne sangrienta? Te has extraviado en su mirada como en un camino inseguro y no sabes quién eres, acaso un cuerpo supliciado, unos ojos que aprenden lentamente el significado absoluto de la agonía, o acaso eres la visión que contemplan esos ojos a punto de cerrarse para siempre.

Pues bien, al fondo se había improvisado un pequeño escenario. El estrado, que se elevaba apenas unos cuantos centímetros del nivel del piso del salón, estaba colocado frente a un enorme espejo que pendía en el muro del fondo y el decorado estaba también constituido por otro espejo que reflejaba al infinito su propia imagen reflejada en el espejo del fondo del salón. Nosotros estábamos, entonces, colocados entre las superficies de los dos espejos. Estoy seguro de que esto no se te ha olvidado, pues la extraña sensación que tal espectáculo interminable producía en los espectadores era, sin duda, algo memorable. De pronto se extinguieron las luces, pero no totalmente, como sucede en el teatro minutos antes de que dé comienzo la función. Una que otra luceci**l**a, apenas perceptible, pero reproducida al infinito por las dos superficies de los espejos que constituían, uno el fori**l**o de aquel escenario y el otro el fondo del salón, creaba una penumbra chispeante dentro de la que era posible discernir las siluetas de todos los objetos aunque no hubiera sido posible precisar la identidad de los espectadores. ¿Quién eras tú aque**l**a noche? Un hombre grueso, de edad, que iba ataviado con una bata china negra, raída, subió al escenario y después de dirigirnos una mirada procedió a dar comienzo al espectáculo. Antes que nada hizo sonar un gong. Ese sonido vibrante y metálico **l**amó nuestra atención hacia su ayudante, una mujer rubia vestida de enfermera, que en el momento en que el hombre hizo sonar el gong encendió una linterna mágica a nuestras espaldas. La apariencia de esta mujer era singular, especialmente por el hecho de que iba tocada con una cofia blanca de la que pendía un vuelo de lana gris. La linterna mágica al encenderse tan súbitamente produjo un deste**l**o cegador en la superficie infinita del espejo. Nuestros ojos tardaron unos instantes en asimilar la luz bri**l**antísima. Después se fue formando lentamente en e**l**os la realidad de una imagen aterradora; de seguro que tú no lo habrás olvidado, pues hubo algo en la fracción de segundo que duró aquel deste**l**o que te alejó de mí. Y cuando entendí el verdadero significado de aque**l**a imagen, te encontrabas sentada en el ángulo opuesto del salón. De e**l**o no pude darme cuenta sino cuando la fascinación de aque**l**a carne maldita e inmensamente be**l**a se había desvanecido y que las luces se habían vuelto a encender. Aquel espectáculo había sido acompañado por un diálogo explicativo en que la Enfermera, que manipulaba el aparato de proyección, iba haciendo preguntas al *meneur* que con un largo puntero hacía precisiones señalando los deta**l**es de la imagen proyectada ante nosotros. Sólo recuerdo la primera pregunta: *“Doctor Farabeuf, tenemos entendido que es usted un gran aficionado a la fotografía instantánea…”* ¿Acaso recuerdas tú las otras preguntas? En el curso de aquel espectáculo que los programas —impresos en el gusto tipográfico de Épinal— señalaban como *Teatro Instantáneo del Maestro Farabeuf,* surgía en la panta**l**a intempestivamente la figura de una mujer desnuda que parecía ofrendar hacia la altura una pequeña ánfora dorada. La Enfermera entonces **l**amaba la atención del hombre de la bata china diciéndole: “No debe usted distraerse con la imagen de esa mujer desnuda, doctor”, y la imagen cambiaba rápidamente y volvíamos a ver, como si fuera desde otro punto de vista, la imagen de aque**l**a escena escalofriante cuyos deta**l**es se veían acentuados por una explicación técnica en la que se invocaban los procedimientos quirúrgicos aplicados al arte de la tortura. El *meneur* iba señalando con el puntero los deta**l**es, en la imagen, a los que aludía su exposición. Terminada ésta, el hombre hacía una señal a la Enfermera. Las luces se encendían. El hombre se dirigía al público diciendo humildemente: “Muchas gracias, señoras y señores, se hace lo mejor que se puede”, y los espectadores aplaudían. Antes de que tuvieran tiempo de levantarse de sus asientos, la Enfermera cruzaba el salón y ofrecía en venta unos fo**l**etos impresos modestamente. En la cubierta podía leerse el siguiente título: *Aspects Médicaux de la Torture, par le Dr. H. L. Farabeuf, Chevalier de la Légion d’Honneur, etc…*

Fragmento 198

Tengo otros recuerdos de aque**l**a velada: la Enfermera, además de los pequeños fo**l**etos del Doctor Farabeuf, ofrecía también otro libro de mayor tamaño y precio diciendo: “…o este entretenido libro de imágenes para los niños”. Era un libro con pastas de cartón. La Enfermera lo mostraba abierto en las páginas centrales. No he podido olvidar una de aque**l**as imágenes. Representaba a un niño a quien le habían sido cortados los pulgares. Las manos le sangraban y a sus pies se formaban dos pequeños charcos de sangre. Afuera de aque**l**a casa en la que estaba el niño mutilado estaba **l**oviendo. Esto es una intuición inexplicable porque no había ningún indicio dentro del grabado que hiciera suponerlo con certeza. Sólo, quizá, el hecho de que en un grabado contiguo aparecía una mujer con un paraguas.

Fragmento 215

Comienzo a creer esta historia… y la Enfermera, ¿qué hacía mientras tanto?

—Dejaba caer las monedas… dos *yang* y un *yin*… dos

*yang* y un *yin*… dos *yin* y un *yang…*

—No podrás recordarlo…

—Sí; sí lo recuerdo… tres *yang…* un *yang* y un *yin…* tres

*yin…*

—¿Podrás recordarlo? Es importante. Han salido dos líneas mutantes en esa disposición… Es preciso estudiar la configuración de los verdugos… es importantísimo… forman un dodecaedro con seis cúspides visibles… son seis los verdugos que actúan sobre el cuerpo del supliciado, seis… como las líneas del hexagrama… *yin-yang…* como el *t’ai ki* también: la conjunción de dos seises… Ese hombre está drogado, pero entonces ¿por qué irradia tanta luz de su rostro?… Eres tú… fuiste tú… la simetría perfecta de la disposición de los verdugos… Ese hombre de la derecha, el Dignatario… ese hombre no es un verdugo, es un testigo, es evidente. Maestro, es preciso que nos conteste usted una pregunta: ¿retocó usted la fotografía?

—Un buen fotógrafo nunca retoca.

—¡Cómo puede alguien atreverse a contemplar tal escena!

Por primera vez… por primera vez… es posible sentir toda la be**l**eza que encierra un rostro… sí, por supuesto… es una mujer… una mujer be**l**ísima… la mujer-cristo…

Fragmento 230

Te has detenido frente a la ventana bruscamente. Temes el roce de mi mano. Empieza la noche y la **l**uvia sigue cayendo tenuemente a pesar de que ya no se escucha el golpe de las gotas contra los cristales. Te has detenido y miras a través de esos vidrios empañados en los que alguien —tú quizá— trazó con la punta del dedo un signo ambiguo, tal vez el carácter que significa seis en chino. Tratas de discernir con claridad lo que está pasando a**l**á fuera. Una silueta turbia se vislumbra a través del vaho y tratas de adivinar la identidad de esa sombra cuya mirada se clava en tus ojos fijamente sin que tú lo sepas. Pero has aprendido, mediante todas estas disciplinas, a reconocer esas sensaciones indefinibles. Has aprendido ya a definirlas como algo que escapa al conocimiento. Te volverás acaso hacia donde yo estoy y tratarás de descubrir quién soy porque ahora tú eres otra, la Enfermera, que surgida de las sombras del pasi**l**o se dirigió rápidamente hacia la ventana cuando presintió la presencia de Farabeuf cruzando lentamente la ca**l**e, agobiado por el peso de su maletín de cuero negro, bajo el paraguas empapado. Corriste hacia la ventana profiriendo a la vez una sílaba fracta, el comienzo de un nombre que nunca has podido recordar por entero. Hubieras huido, marchándote bajo la **l**uvia, por escapar de aque**l**a mirada, de aque**l**a presencia que siempre te imaginaba muerta, tendida sobre la plancha del enorme anfiteatro, desnuda en tu aceptación del suplicio, abierta por entero hacia aque**l**as imágenes que ahora te serían borrosas y tu desnudez se confundiría en la mente del maestro con la desnudez de aque**l**as mujeres que la mano de un pintor inquietante había trazado sobre la bóveda de ese depósito de cadáveres mutilados. Tu desnudez misma sería como la confirmación de un acto definitivo. Acaso estás muerta, a**l**í, ante mí. No faltarán sino unos minutos para que tu cuerpo se recubra de esas estrías lentas que la sangre traza, por gravedad, en las comisuras del cuerpo después de que el bisturí recorre la piel como una caricia apenas perceptible, pero inequívoca en el florecimiento de las vísceras que brotan a través de las incisiones como los retoños de una primavera tenebrosa. No; no hables. Guarda silencio, tienes que escuchar todo lo que yo digo antes de tu desfa**l**ecimiento. Has querido entregárteme muerta. Supón por un momento que la hora de tu entrega ha **l**egado. No temas. Después de todo este objeto es inofensivo. El cuerpo le es ajeno y sólo sirve para hacer la disección de la mente, un acto indoloro pero que **l**eva aparejado un riesgo mortal. Más tarde Farabeuf traerá las cuchi**l**as, pero para entonces habrás sucumbido a la fascinación de estas pequeñas esferas. ¿Temes que te engañe?

¿Sufres? ¿Acaso no te he reconfortado en todas las ocasiones en que pensaste ser la Enfermera y te imaginaste sucumbir a la caricia de ese hombre, a esa caricia hecha de tintineos de acero sobre una plancha de mármol? No temas; es cuestión de un instante… después de todo yo estoy aquí porque tú me **l**amaste.

¿Crees acaso que ha **l**egado el momento en que conforme a tus deseos habrás de entregárteme muerta, un cuerpo yerto sobre la plancha de mármol? Tu desnudez será para entonces más fascinante y más aterradora que el clatro. Deseas, sin embargo, asistir por última vez a la representación. Quizá encontrarás en los juegos de luces del *Teatro Instantáneo del Maestro Farabeuf* la clave del misterio. ¿Quién eres tú que así te olvidas de ti misma? Un cuerpo atado a una estaca sanguinolenta. Un grito en la mitad de la noche que despeja los cielos, un cuerpo inmóvil que espera la **l**egada de la muerte junto al quicio de una puerta pintada de blanco. No te distraigas. Debes concentrar todo tu pensamiento en estas esferas de marfil. Sin una gran concentración mental es imposible obtener un resultado satisfactorio. Yo iré anotando los valores numéricos equivalentes de cada jugada. ¿Sientes ya que el indicador se desplaza sobre la tabla? Es fácil equivocarse. Estás pensando en otra cosa. Cierra los ojos. Olvida la imagen de esas cuchi**l**as bri**l**ando sobre la mesi**l**a de hierro con cubierta de mármol. Alguien que por ahora no tiene ninguna importancia para nosotros las ha dejado olvidadas con la intención de que esa imagen se repita en tu mente en el momento justo en que estés a punto de recordar ese nombre. Tal vez lo descubras mediante un método adivinatorio, pero para e**l**o es preciso que te concentres, o que te abandones por completo a los designios de la casualidad. Sí; debes abandonarte por entero a esta experiencia. Llegado el momento te tomaré en mis brazos y mientras miras tu rostro reflejado en ese enorme espejo susurraré en tu oído la palabra que tanto deseas escuchar. No temas. Yo te amo. Por eso he venido. He comprendido a través de tus palabras toda la angustia de tu cuerpo que aspira ya, por el deseo, a una muerte tibia y apenas perceptible. No temas. ¿Es preciso que te repita esta indicación un mi**l**ón de veces hasta que comprendas que lo que yo te tengo deparado es más lento y más exquisito que esa tortura en la que tu piel y todos tus sentidos se recrean cuando por las tardes te pones a contemplar insistentemente esa fotografía que alguien dejó olvidada en esta casa para que tú un día la encontraras? ¿Es preciso que te lo diga tantas veces?

Fragmento 242

La segunda pregunta: ¿Hubiera deseado disfrazarse de enfermera con el fin de aumentar su atractivo sexual?

Fragmento 248

Ahora ya tu cuerpo es un hecho absoluto: ¿Qué exige tu carne más a**l**á de este abrazo definitivo? ¿Cómo poder alcanzar el absoluto de esta quietud que ahora sólo es tuya? El goce es infinito y sin embargo en tu inmovilidad lo has agotado. Quisieras reflejarte en el espejo. ¿Quisieras reflejarte en el espejo? No bastan todas las sombras que te ciñen para concretar un punto de luz en tu mirada. Ahora estás aquí. Me perteneces en la medida en que tu muerte es la desnudez de mi cuerpo tendido al lado de tu cuerpo. La desnudez no es sino un signo de tu disolución. El amor con que mis ojos habrán de mirarte tendida en esa plancha de mármol hará que tu significado —el significado de tu lentitud infinita— se vuelva comprensible, y las palabras que hubieras querido pronunciar sólo serán audibles para mí. He tratado de entregarte, para que tú lo retuvieras en tu puño, para que lo acogieras en tu pecho, junto a tu corazón desfa**l**eciente, el significado de un instante: el instante en el que por la amplitud de mi deseo, supe que eras mía. Tú no te percataste de e**l**o. Corrías hacia una ventana a través de cuyos vidrios empañados creíste descubrir una silueta inquietante, la silueta del asesino. Pero yo tuve buena cuenta de e**l**o. Corriste entre un espejo y mi mirada, y ese espejo reflejaba la imagen de un cuadro en el que estaban representadas dos figuras de mujer: *El Amor Sagrado y El Amor Profano;* una composición célebre de un gran maestro veneciano. Pero tú no quisiste conocer mi ansiedad. Temías la **l**egada del cirujano. Tu cuerpo, en un estremecimiento de horror ante la posibilidad de ciertas experiencias, huyó ante mí hasta convertirse en un garabato informe, un signo incomprensible trazado con la punta del dedo sobre el vaho de la vidriera. No hubieras osado volver la mirada y sin embargo ahora eres una estatua de sal. ¿Quién te impulsó a **l**amarme? ¿Quién dibujó en la noche esa figura en la que se concentra el último significado de una cifra inquietante: el número seis? ¿Fuiste tú quien lanzó esas monedas cuyo tintineo, viniendo desde el fondo del pasi**l**o te hizo estremecer mientras tratabas de descubrir la identidad de una sombra? ¿Creíste acaso ser tú la Enfermera que eternamente espera en la penumbra la **l**egada de aquel que habrá de realizar un acto quirúrgico capaz de trastocar la sucesión de los hechos? ¿Estuviste acaso tú en Pekín el veintinueve de enero de mil novecientos uno? ¿Presenciaste ese acto radiante —terrible de tan luminoso— cuyo testimonio pretendes ser? ¿Eres tú quien recogió esa estre**l**a de mar? Eres una equivocación radical. Rechaza ahora ya el engaño de todos estos años, el engaño de este instante en que creíste convertirte en algo inolvidable. ¿Por qué quisiste regalárteme muerta?

Cuando mil veces mil instantes como éste se repitan en la sombría dimensión de tu vida, tu cuerpo ante el espejo, de par en par abierto como una puerta por la que se cuela el airón de la muerte, se quebrará mil veces como un trozo de hielo bajo el sol, y la mosca que creíste ver morir junto a los flecos del desvaído cortinaje de terciopelo revivirá animada de su lujuria de carroña y se posará en tu rostro para devorar la carne congelada de tus pupilas. Un hili**l**o de sangre surcará la comisura del quicio y por debajo de la puerta pintada de blanco que no quisiste abrir, penetrará en el pasi**l**o y correrá hasta el salón en el que yo contemplo la lenta podredumbre de tu carne inaccesible. Desnudez y silencio. ¿Qué más puedes exigir de este instante?

¿Temes acaso la **l**egada de ese hombre que bajo el hemisferio **l**agado de un paraguas absurdo ha clavado su mirada turbia en la adivinanza de tu cuerpo visto a través de un vidrio empañado?

¿Pretendes escapar hacia mi olvido, perderte en esa soledad hecha de sombras? ¿Quieres ahora ser la Enfermera, ser el testigo y no ya el testimonio? Lanzarás las tres monedas entonces preguntando mentalmente si tu muerte bastaba para calmar mi deseo y un hexagrama único e inesperado, la sexagesimoquinta combinación de seis líneas quebradas o continuas se concretará para decirte que yo, igual que tú, no soy sino un cadáver sin nombre, tendido hacia la amplitud de una bóveda surcada de imágenes —mujeres que a la ori**l**a del mar esperan la **l**egada de una barca—, un cadáver que aguarda la **l**egada de esa enfermera inquietante que aprendió, en los sótanos de la rue Visconti, a blandir los escalpelos, a conocer el verdadero significado del suplicio mediante un rito, mediante la repetición de un acto que, aunque nada significa, convulsiona el sentido aparentemente inmutable de la carne. ¿Quién soy?, preguntas. Mi identidad te inquieta porque en tu entrega confundí tu vida con tu muerte y pensé que ambas eran la misma cosa.

¿Crees acaso que yo soy ese cuerpo que se yergue hacia ti, hacia el recuerdo de tu carne mientras esa máquina hexagonal compuesta de verdugos se afana en torno a él para revelarte el significado del amor, de la vida? ¡Cuántas veces, al pasar las páginas de ese libro que describe la mutilación del cuerpo en términos de una disciplina metafísica habrás pensado que yo soy Farabeuf! ¿Por qué entonces quisiste morir para entregárteme en el momento en que viste girar la peri**l**a de bronce de la puerta creyendo que quien la hacía girar era el Maestro? Pero no, por el contrario, era un saltimbanqui bizarro que venía a ofrecernos un espectáculo aparentemente ingenioso pero en realidad deplorable. No sabes fijar las ideas. El instructivo era bastante claro en este sentido: *“Concentre su atención…”,* decía, pero tu pensamiento oscilaba como un péndulo errático. Quisiste conocer todos los significados de la vida sin darte cuenta que el último significado, el significado en el que estaban contenidos todos los enigmas, la realidad que hubiera permitido conocer nuestra existencia en su grado absoluto, no era sino una gota de sangre, la gota que rezuma cada milenio y cae sobre tu pecho marcando con su caída el transcurso de un instante infinito. Tú la viste trasponer ese umbral, su bata de enfermera estaba manchada de excrecencias mortuorias, mas tú no lo quisiste creer. Quisieras ser e**l**a, ¿verdad? No pensaste jamás que tú — cuántas veces habrá que repetirlo para creerlo—, que tú *y yo* no éramos más que el reflejo de esos seres turbios que amaban contemplar sus rostros en este espejo, que deseaban ser nosotros, su reflejo. No pensaste jamás que ese espejo eran mis ojos, que esa puerta que el viento abate era mi corazón, latiendo, puesto al desnudo por la habilidad de un cirujano que **l**ega en la noche a ejercitar su destreza en la carroña ansiosa de nuestros cuerpos, un corazón que late ante un espejo, imagen de una puerta que golpea contra el quicio mientras afuera, más a**l**á de sí misma, la **l**uvia incesante golpea en la noche contra la ventana como tratando de impedir que tu última mirada escape, para que nuestro sueño no huya de nosotros, y se quede, para siempre, fijo en la actitud de esos personajes representados en el cuadro: un cuadro que por la ebriedad de nuestro deseo creímos que era real y que sólo ahora sabemos que no era un cuadro, sino un espejo, en cuya superficie nos estamos viendo morir.

Fragmento 248

Como una prueba de amor he decidido regalarte hoy un rato de esparcimiento. Celebramos, tú y yo, un aniversario secreto. No lo habrás olvidado, ¿verdad? He cambiado la disposición de los muebles. He colocado un pequeño estrado en el fondo del salón. No es muy alto pero sirve para el fin al que está destinado. Al fondo de ese pequeño escenario improvisado he colocado el espejo y un cartón blanco de regulares proporciones sobre el que serán proyectadas las imágenes de la linterna mágica. A un lado del escenario he colocado, sobre un pequeño caballete, otro cartón, de color amarillo, sobre el que está inscrito un signo, reminiscente en todo de un ideograma chino. Hubiera sido preciso tener otro espejo, pero esta deficiencia la he suplido con un poco de ingenio. He dirigido todas las luces disponibles hacia la ventana que da a la calle del lado derecho del salón. Toda esa luz, reflejada sobre los vidrios, convierte la ventana, en cierto modo, en un espejo que, si bien es bastante opaco, sirve, como quiera que sea, para los fines a los que está destinado. Al encender las luces, la parte del escenario queda más o menos en la penumbra, tal y como lo requiere el espectáculo que deseo ofrecerte en este día. Al mismo tiempo, la imagen del salón se multiplica al infinito sobre la superficie del espejo. La ventana que hace las veces de espejo posterior, con la disposición que he ideado, cobra un carácter especial ya que en ella se ve reflejado el cartón amarillo con el ideograma chino. Esto, sin duda, tendrá un significado particular para ti, pues debe recordarte, aunque sólo sea de una manera sumaria, la ventana tal y como estaba *entonces,* o ¿no es así? Por otra parte, esa imagen, cuyo contenido es tan valioso para nosotros, presidirá el espectáculo que deseo ofrecerte en esa fecha significativa, pues siempre estará reflejada en el espejo del escenario. Hay algo que tú no debes dudar. Ese hombre que te mira bajo la lluvia, que sólo logra barruntar tu silueta a través de los vidrios empañados y que sostiene en su mano un pesado maletín de cuero negro, habrá de revelarte su verdadera identidad cuando yo lo desee. A una señal convenida que yo le haré, en un momento especial de la representación y mediante un juego de óptica que sólo él sabe conducir eficazmente, se producirá en tu mente un esclarecimiento radical. Es posible que esta súbita revelación te resulte insoportable. Irás tal vez corriendo hacia la ventana y con la palma de tu mano tratarás de borrar ese signo que para entonces será ya indeleble. Pero yo he puesto toda mi confianza en la habilidad del Maestro. Él sabrá, sin duda, minimizar las consecuencias de ese paroxismo súbito que mediante sus imágenes provocará en todos tus sentidos. He traído también, para darte gusto, este féretro de utilería alquilado en un teatro. No pretendo sino sugerir la magnificencia de un sarcófago clásico y creo que bastará para representar la alegoría. Tú debes comprender lo que esto significa para mí. Hoy es un día especial, una hora especial, un instante, aunque sólo eso, en que espero ver colmado mi deseo. Debes prepararte con toda conciencia, no sin cierta humildad, a pasar por esta prueba, por esta ceremonia capital. No turbes ya las cosas que nos rodean. Todo es sólo un instante. Mantén tu mirada fija en ese signo que has ideado. Yo hago lo posible por ayudarte. Es preciso que estés dispuesta, que aceptes este sacrificio con todas sus consecuencias; no debes dudar un solo momento de mis buenas intenciones. Quiero, en cierta forma, revelarte un misterio inaccesible; quiero dilucidar, para que tú lo sientas con toda su inexplicable verdad, el misterio que te mantiene inmóvil ante mí. Comprenderás, cuando llegue el momento de hacer la señal al *meneur,* cuál ha sido la verdadera significación de este instante. No temas. Considera este ejercicio como una disciplina interior, como una meditación que conduce al éxtasis. Te darás cuenta, estoy seguro de ello, de que tu cuerpo desfallecerá huyendo de ti misma y sólo su significado, su esencia última, se concretará en las palabras que tú digas. No tardará en llegar. Debe haberse detenido en el Carrefour a tomar una copa de calvados para vencer el frío. Esto te da el tiempo necesario para disponerte a recibir esta pequeña ofrenda que yo te hago con el fin de perpetuar una fecha. Es bueno siempre conocer la cifra de los días. Es más fácil recordar las cosas cuando sabemos, al menos, en qué día acontecieron. Recuerda pues, una a una, las cosas que no deseas olvidar. Dentro de poco tiempo dará comienzo la función y desfilarán ante tus ojos esas imágenes cuya secuencia ha sido minuciosamente estudiada por Farabeuf a lo largo de los años. Su método sigue siendo un secreto, pero no puede dudarse de su efectividad. Vas a iniciarte en un misterio del que sólo tú, entre todos los seres humanos, vas a ser partícipe y yo te lo ofrezco, humildemente, en este día, porque te amo. Comprendo que es un regalo modesto, unos cuantos minutos de un esparcimiento singular. ¿Hubieras preferido que hubiéramos dado un paseo?, ¿a la orilla del mar, quizá? Sí, si no se tienen en cuenta las consecuencias ulteriores, aparentemente resulta más divertido pasar unos días a la orilla del mar, en un hotel de lujo o en una pequeña casa con todas las comodidades… pasear descalzos junto a las olas al atardecer, escalar los farallones donde las olas se rompen con un tumbo violento, caminar tomados de la mano sin decir nada. Todo ello es mejor comparado con el torpe espectáculo del maestro, que apenas dura un instante. Pero debes tener en cuenta que si todo se realiza conforme a las previsiones que hemos hecho, si te concentras y admites, un solo instante de tu vida, esa suspensión de la voluntad y de los sentidos que pueden llegar a provocar las imágenes del teatro óptico de Farabeuf, tu vida se verá colmada. Esa identidad que te ha paralizado con su mirada fija y el significado de ese amor que no comprendes se te revelarán de pronto. Creo que diciéndote estas cosas te estoy atemorizando. No; es preciso que confíes en mí. Yo te amo, tú lo sabes, ¿no es así? Debe usted considerar esta experiencia como un tratamiento. ¿Acaso no lo es? Usted se encuentra enferma de olvido, por decirlo con un lenguaje sencillo. Nosotros deseamos ayudarle. Déjese conducir. La aplicación del tratamiento no dura sino un instante después del cual la vida sigue el mismo curso de siempre. Se muestra usted desconfiada. ¿Teme usted acaso las imágenes que puede reflejar un espejo? Recuerde que la fe salva. No le pedimos sino que tenga fe. Admita usted que en el fondo de estas cosas que le mostraremos existe una sabiduría secular; que todas ellas contienen una esencia que redime del mal. Su caso nos apasiona. Por ello hemos tomado un interés especial en usted y tenemos la mejor intención de ayudarle a salir de esa confusión de la que es presa. Afortunadamente contamos con los medios para lograr una cura radical. Manténgase inmóvil. Abandónese a nosotros. No desconfíe usted. Estamos aquí para su bien y sólo se trata de un instante; en un abrir y cerrar de ojos la vida habrá cobrado un nuevo significado para usted. Porque te amo has de permitir que te haga este regalo. Se trata de un pequeño divertimiento debido a la ingeniosidad de Farabeuf. Prepárate con humildad; no debe tardar en llegar. Si se retrasa es porque a veces le falta el aliento y se detiene a descansar. Mira cómo se multiplican nuestros rostros confrontados con el precario sistema de espejos infinitos que he ideado. Conforme cae la noche las imágenes cobran mayor precisión. Es por ello necesario que se haga de noche, cada vez más de noche para poder entender esto. Estoy seguro de que te gustará la forma en que habrá de desarrollarse el espectáculo. He tratado de cuidar cada uno de los detalles. *J’ai fait de mon mieux,* como dice el Maestro siempre después de la función. Me he permitido, inclusive, un pequeño golpe de teatro. Algo, digamos, espectacular. He traído esta noche unos cuantos libritos viejos, todos iguales, comprados por peso en un depósito de papel viejo. He pegado en la cubierta de cada uno de ellos una etiqueta que dice *Aspects Médicaux de la Torture.* Al final de la función hemos dispuesto, Farabeuf y yo, que se siga el procedimiento tradicional de la primera época del Teatro Instantáneo. ¿Te gusta la idea? Lo hago tan sólo para ti, porque te amo. En este día en que habrás de redimirte para siempre de ese recuerdo que te aleja de mí, te amo más que nunca,

¿comprendes? Procura no gritar. Guarda silencio. Piensa, si puedes, que se trata de una ceremonia secreta en realidad. Vas a iniciarte en un misterio cuyo arcano te ha obsesionado sin que nunca lo hayas entendido. Es necesario que vayas a la contemplación de ese secreto humildemente. Debes inspirar compasión porque en esa ternura que provoques estará la realización de tu amor. Debes abandonarte en sus manos para poder comprender el significado de tu vida, para que puedas entender todo lo que hasta hoy no has entendido. Debes pensar que te sacrificas, pero que ese sacrificio no es sino un paso hacia la identificación de un rostro cuya mirada te sigue a cada paso, cuyo éxtasis todo lo que tú haces lo tiñe de sangre. Sacrificas tu pudor y tu cuerpo al contacto de esas manos cubiertas de hule para lograr aprisionar lo que siempre se te ha fugado. ¿Crees tú que será doloroso? No; no debes ver las cosas bajo esa luz. Se trata de un sacrificio y todo, absolutamente todo lo que suceda en esta noche, será para bien.

Debo explicarte, antes de que empiece el espectáculo, cuáles son las etapas fundamentales de su desarrollo. Te parecerá, cuando lo haga, que se trata de algo así como una ceremonia secreta, un acto equívoco o delictuoso, pero no es tal. Es simplemente un espectáculo cuya contemplación tiene ciertas virtudes que, si bien se pueden explicar en términos de una iniciación religiosa, es mejor considerar como un tratamiento terapéutico. Es así como lo consideraremos nosotros. Esto también lo hago por tu bien. El darle un carácter religioso a esta pequeña ofrenda tal vez te haría pensar en la muerte. Yo no quiero atemorizarte. Deseo que seas feliz. Sobre todo hoy. Ya verás que en realidad no es nada complicado todo esto. Farabeuf ama la pompa de las palabras y los gestos. Se deja, con frecuencia, llevar por el entusiasmo que le produce la aplicación de su método curativo. Es un hombre que ama su oficio con desinterés. Cada vez que introduce una mejora en el procedimiento quiere acentuarla, quiere ponerla de manifiesto a los espectadores mediante un golpe espectacular, mediante una frase que parece tener un contenido oculto. Esto satisface su vanidad de taumaturgo pero en el fondo todo lo que puede suceder durante sus intervenciones es de una simplicidad extrema. Es por todo esto necesario no dejarse engañar por la fingida solemnidad que reviste esta reconstrucción esquemática de un hecho lejano. Esas imágenes que verás proyectadas ante ti tal vez te turbarán. Un escalofrío recorrerá tu cuerpo como la caricia de una mano gélida. Querrás cerrar los ojos. Sí, entre todas, es ésta la sensación más terrible. Querrás enceguecer. Pero no. Valor y humildad. Ésa es la consigna de esta noche espléndida. Debes hacer acopio de fuerzas para resistir la contemplación de esas imágenes. Ya verás que pasado el primer momento todo se vuelve plácido y amable, como si ese jardincito abandonado floreciera, de pronto, después de la lluvia. Ahora te daré las últimas instrucciones. Debes seguirlas concienzudamente. De tu preparación y de tu aquiescencia a someterte a las disposiciones de Farabeuf depende el éxito de esta velada. Fíjate bien en lo que voy a decirte. Ante todo es necesario un esfuerzo supremo de concentración mental. Es así como se puede obtener la respuesta que tanto deseas conocer.

Queda poco tiempo antes de que llegue el Maestro. Habrá sin duda muchas cosas que impedirán que te concentres; la música, sobre todo. Pero esto está calculado. Debes sobreponerte a ella. Se trata en realidad de un pequeño capricho del Maestro. Cree que con ello le da un carácter más teatral a su espectáculo. No trates de determinar qué es lo que esa música te recuerda. El Maestro es afecto a un tipo de música en extremo banal y muchas veces hasta obscena. Ama las viejas canciones de cabaret de su época de estudiante cuando solía frecuentar el *Chat Noir.* Es preciso desentenderse de este complemento del espectáculo. Concéntrate tan sólo en tu cuerpo. Es él, más que tu memoria, el que sufre esta prueba exquisita y cruenta. ¿Estás dispuesta? ¿Te arredra el posible dolor que te cause esta experiencia? Recuerda que sólo se trata de un instante y que la clave de tu vida se encuentra encerrada en esa fracción de segundo. Desvístete. La desnudez de tu cuerpo propiciará la curación definitiva de este mal. Cúbrete sólo con un lienzo blanco de lino. Pareces envuelta en un sudario. ¡Cómo resalta tu cabellera sobre los pliegues blanquísimos de esa túnica! Ahora ven; descansa un instante apoyada en este féretro. Posa tu mano derecha sobre el borde de modo que tu peso caiga sobre ella. Quiero hacer un apunte sumario de esta imagen. Levanta tu brazo izquierdo como si estuvieras haciendo una ofrenda al cielo. No te muevas. Quédate así un momento. Estás fatigada. Lo sé.

¡Ya está! He captado con unos cuantos trazos el sentido esencial de la actitud. En otra ocasión tomaremos una fotografía para compararla con el original. Reposa. No debes fatigarte. La prueba será ardua pero yo tengo confianza en ti. Ha sido una buena idea traer este féretro de utilería. Sirvió tal vez para la representación de una obra fantástica en que los muertos cobran vida en el escenario. Hoy cumplirá perfectamente la función a la que lo he destinado. No negarás que tengo cierto talento de empresario o de director de escena. Más tarde, cuando llegue Farabeuf, deberás colocarte en la misma actitud del apunte. La Enfermera se colocará en una pose determinada de antemano, en el otro extremo del féretro. Vestida con su anticuado uniforme gris representará a la otra figura de la alegoría incomprensible. A Farabeuf seguramente le gustará este cuadro plástico que evoca otros tiempos, ¿no crees? Tú también amas representar este papel. Descúbrete un poco. Muestra la carne suave y blanquísima de tus hombros. Deja que tu pelo negro caiga sobre tu espalda desnuda; deja que ondee en la ráfaga como las cabelleras de esas mujeres que están figuradas en la bóveda del anfiteatro en el que Farabeuf solía hacer sus prodigiosas disecciones. Así también, tal vez, tu presencia estará más de acuerdo con el verdadero carácter de la figura representada en este cuadro. Cobras con ello una significación que hace tu existencia más apropiada a la naturaleza de los acontecimientos que habrán de tener lugar esta noche. Llegado el momento, estas actitudes, estas representaciones de un hecho figurado, cobrarán un sentido diverso. Seremos quizá capaces de descubrir en su forma el significado que han tenido en nuestra imaginación. Pero la verdadera prueba será otra, Éstos no son sino los detalles de la ceremonia o del espectáculo. Cuando llegue Farabeuf no debes turbarte. Su presencia es, en realidad, un factor secundario. La importancia real está en lo que él significa. Todo está preparado. No es preciso ni siquiera hacer un último ensayo. He dispuesto las cosas de tal modo que todo resulte perfecto. Escucharás su voz en un diálogo tedioso con la Enfermera. Ella le hará preguntas mientras tú te abandonas lentamente, mediante un esfuerzo supremo de concentración mental, a ti misma, pensando siempre en una misma cosa, imaginando siempre, en la penumbra, una misma escena. Debes tener presente, por lo tanto, hasta el más mínimo detalle de ese documento inquietante que crees haber visto. Esos ojos que te siguen en la noche; que te siguen siempre a pesar del olvido; esos miembros tensos, mutilados, esas estrías de sangre que surcan un cuerpo anónimo, bello como el de una avispa traspasada por un alfiler. Farabeuf hará las cosas con su habilidad usual. Abandónate en sus manos. No mires los preparativos si crees que esto te inquietará. De pronto, casi sin que tú te des cuenta, te ceñirá con sus manos enguantadas. Colocará en tu cuerpo los diferentes aparatos que servirán para mantenerte inmóvil. Recuéstate. Apoya tu cabeza en este cabezal mullido pero firme. Déjalo que rodee tu frente con esas correas, que apriete lentamente las llavecillas de presión en tus sienes, que introduzca en tus párpados, con toda la rapidez que le permite su extremada destreza, los relucientes *clamps* que aíslan los ojos dentro de sus órbitas y los mantienen inmóviles y abiertos contra toda voluntad de cerrarlos. No temas. Piensa que yo estoy cerca de ti y que te amo. Al principio tornaré tu mano en la mía. Podré decirte alguna que otra palabra de consuelo, pero luego te abandonaré a los cuidados del Maestro que te irá preparando para mostrarte, en un momento único, en un instante supremo, esa imagen memorable. Farabeuf poblará tu memoria con el recuerdo de esa cosa que sólo en tus sueños has vislumbrado y que has olvidado o que crees que has olvidado. La imagen de esa cosa que deleita y aterroriza. Luego un breve interludio. Luces. La Enfermera tal vez cantará una canción obscena y festiva y tú sabrás entonces que has perdido la voluntad sobre tu cuerpo. Desnuda te descubrirás aprisionada entre los instrumentos acerados. Con un gesto de su mano enguantada Farabeuf hará que todo vuelva a la penumbra. Proseguirá el espectáculo. Ahora serás *tú* el espectáculo. Ese juego de espejos hábilmente dispuestos reflejará tu rostro surcado de aparatos y mascarillas que sirven para mantenerte inmóvil y abierta hacia la contemplación de esa imagen que tanto ansías contemplar. No desfallecerás. Tu cuerpo está bien dispuesto al contacto frío de los instrumentos. Por eso no me importa prevenirte de antemano. Imagínate a ti misma como serás entonces. Los párpados inmóviles, dilatados al máximo hacia la frente y hacia las mejillas de tal manera que tus ojos parezcan desprenderse de tu cara. Tu boca abierta en un grito hecho de tensos alambres y de potentísimos resortes descubrirá hacia el techo de este cuarto las encías lívidas y la dentadura ávida de morder la noche en una convulsión de bestia fuertemente bridada. ¿Acaso no era ésta la menos inquietante de tus premoniciones? Es una forma de entregarte como tú hubieras querido. ¿O acaso no hubieras querido regalárteme muerta? Farabeuf no vacila. Cada uno de los tiempos de esta curiosa intervención está de acuerdo con un plan perfectamente establecido. ¿Con qué fin? Con el fin de encontrar una respuesta: con el fin de encontrar en tu imagen, en la imagen de tu cuerpo abierto mil veces reflejado en el espejo, la clave de este signo que nos turba. Y él la encontrará. Esto te lo aseguro. Bastará que en medio de esa pesadilla de tu cuerpo te mires reflejada en el espejo. “¿Quién soy?”, dirás, pero en ti misma descubrirás al fin el significado de esas sílabas que siempre habías creído sin sentido.